

SŁAWOMIR MROŻEK

MAGACÍN
RADIOFÓNICO

Y «EL AGUA
(PIEZA RADIOFÓNICA)»

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE ANNA RUBIÓ Y JERZY SŁAWOMIRSKI

© Acantilado

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Podwieczorku Przy Mikrofonie / Woda*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1991 by Diogenes Verlag AG, Zúrich
Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2019 by Jerzy Sławomirski y Anna Rubió Rodón
© de la ilustración de la cubierta, 0000 by _____
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

Este libro ha recibido una subvención del Instytut Książki,
a través del programa de traducción © POLAND



En la cubierta, ilustración de Sławomir Mrożek

ISBN: 978-84-17346-64-5

DEPÓSITO LEGAL: B. II 489-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

MAGACÍN RADIOFÓNICO

El alfabetismo	11
El pervertido	14
El cuñado de los apestados	16
Al mediodía	18
Ahorro	21
El novato	23
La perla	25
Carta para Suecia	27
El marajá	28
La lucha contra la ola de calor	30
Los titanes del pensamiento	33
Arqueología	35
El camello	37
Petición	39
El culturista	41
Puntualidad	42
El guisante	44
El descendiente	46
Autoridad	49
Jaimito no explotó	51
<i>Peace</i>	54
El hijito	56

El perro	58
Amor de padre	64
Los niscalos	66
Surcar los aires	68
El ascensor	70
Mientras hay vida, hay esperanza	72
La sopa	74
El ordeño	76
El cerdo de la empresa	78
Sueño profundo	79
El problema de la Antigüedad	82
Dolencia invernal	84
El kamikaze	86
El bruto	88
El encantador de serpientes	90
Identificación	92
Los organizadores	94
La moral	96
La exposición	98
La ordenanza	100
El forastero	102
Antonio	104
Los secretos del más allá	106
Una víctima del arte	109
Hawái	111
El roble	114
La misión secreta	116
Bombones para el director	119

La investigación	121
El héroe	123
El <i>rally</i>	125
El pitón de los Cárpatos	128
El baile de disfraces	130
El tatuaje	132
Planes de veraneo	134
La permuta	136
El ladrón	139
El monumento al bardo	141
Los patines	143
El sombrero	145
Por todo lo alto	147
El desconocido	150
La carpa	152
El montón de la risa	153
La cultura cotidiana	155
Lenguas extranjeras	157
Los lobos	159
El poeta	161
EL AGUA (PIEZA RADIOFÓNICA)	165

© Acanalado

MAGACÍN
RADIOFÓNICO

© Acanalado

© Acanthilado

EL ALFABETISMO

Se dio la coincidencia de que contratamos a un joven que resultó ser sobrino del director. Era un muchacho bastante apuesto, sólo que con la frente no muy alta, aunque, al fin y al cabo, ¿acaso la frente debe ser tan alta como el edificio del Palacio de Cultura de Varsovia? No hay ningún inconveniente con las frentes bajas, pues el tamaño no afecta en nada al rendimiento intelectual. La mejor prueba es que el chico ascendió inmediatamente a jefe del Departamento de Estadísticas.

Poco después, el director me llamó.

—Lea esto—dijo entregándome un documento.

Lo leí. El documento rezaba: «Nina tiene un pito».

—Es el informe que ha redactado mi sobrino. ¿Qué le parece?

—Tiene una letra muy buena—contesté.

—Claro, el chaval ha heredado el talento de su tío. Pero ¿aparte de esto?

—Conciso, se ve a la legua que tiene una mente sintética.

—Por supuesto, eso es gracias a la educación que le dieron, cursó hasta primero de primaria. Pero ¿no cree usted que el texto es demasiado escueto?

—Tal vez un pelín.

—Pues lléveselo y desarróllelo. Factúrelo como un encargo profesional.

Así que lo desarrollé, y una vez desarrollado, el informe rezaba:

A la atención de la Dirección General del Consejo Superior del Centro Nacional de Evidencias del P.I.T.O.

Por la presente, les comunicamos que Nina tiene un pito.

—¿Qué institución es el P.I.T.O.?

—Ni idea. Pero alguna habrá que se llame así.

El futuro me dio la razón. Al cabo de un tiempo llegó la respuesta.

Con respecto a su escrito, le comunicamos que se ha procedido a crear en el marco del P.I.T.O. la Comisión para la Certificación de Títulos de Propiedad y Arrendamiento de los objetos especificados en su informe. Quedamos a la espera de próximos materiales.

O sea que encerramos al sobrino bajo llave para que no se anduviera por las ramas, le administramos una inyección intravenosa de glucosa y una dosis de jalea real por vía oral, y el joven puso manos a la obra. Tardó dos días en ultimar un nuevo informe.

«Pipo tiene una mona».

Lo desarrollé del siguiente modo:

A la atención de la Comisión para la Certificación de Títulos de Propiedad y Arrendamiento del P.I.T.O. Consejo Superior del Centro Nacional de Evidencias. Dirección General.

En relación con su respuesta a nuestro escrito, les hacemos saber que Pipo tiene una mona.

No tardamos mucho en recibir el siguiente cablegrama:

Con respecto a la asamblea convocada para fijar los procedimientos de cooperación entre el P.I.T.O. y la M.O.N.A bajo los

auspicios del P. U. T. O, rogamos designen a un delegado que proceda a asistir a la misma.

Acompañamos al sobrino a la estación. El director, emocionado y orgulloso, tenía los ojos llenos de lágrimas. ¡Quién habría podido sospechar que no volveríamos a ver al muchacho!

En la capital, le propusieron un cargo más importante.

© Acanalado

EL PERVERTIDO

Corrió la voz de que un perverso andaba pululando por el parque municipal. Se acercaba a los transeúntes al socaire de la oscuridad, les entregaba un billete de quinientos złote a toda prisa y desaparecía sin dejar rastro.

La primera víctima fue nuestro cajero. Llegó a la taberna pálido como la cera, con un flamante billete de quinientos en la mano. Nos contó lo ocurrido y, acto seguido, nos pagó una ronda a todos para recobrar el ánimo.

La noticia sobre el incidente se propagó como un reguero de pólvora, causando el consabido revuelo. Los más alarmados eran los padres. Temían que las correrías del perverso fuesen un mal ejemplo para la juventud y pusiesen en peligro su integridad moral. El individuo misterioso fue apodado «el Monstruo de la Alameda».

El parque es un lugar desierto y mal iluminado, de modo que no resultaba nada extraño que acabara siendo el escenario de alguna cochinado. A pesar de todo, decidí jugarla y al día siguiente fui a dar un paseo. Al fin y al cabo, no soy un cobarde.

La noche estaba oscura como boca de lobo, pero, desde la entrada misma, advertí que una gran multitud deambulaba por allí. ¡Al fin y al cabo, somos una nación valiente y un perverso cualquiera no nos va a meter miedo en el cuerpo! Por lo visto, quien se asustó fue aquel cerdo, porque, a pesar de recorrer el parque una y otra vez, no pude dar con él.

«Ya verás, miserable—pensé—. Tengo todo el tiempo del mundo. Esperaré a que se marchen todos y te daré una buena lección».

Ya era pasada la medianoche cuando por fin me quedé solo. Frío, llovizna, una noche otoñal...: el ambiente ideal para un perverso. Me sentía intranquilo.

Finalmente, miré, y vi una silueta que emergía entre los arbustos. Se me acercó.

—¿Te gustaría tener quinientos złots?—me preguntó.

—De acuerdo—dije—, pero que conste que estoy sometido a violencia.

—Pues a mí también me gustaría—contestó—. ¡Suelta medio talego y lárgate!

Me di cuenta de que estaba ante uno de nuestros ciudadanos de pro, un hombre normal y corriente con su puño americano, nada que ver con un perverso. El desconocido tuvo que conformarse con ochenta y dos złote y treinta groszy, porque aquello era todo lo que yo llevaba encima.

Pero no lamento haber perdido el dinero. Lo más importante es que nuestra sociedad sea sana y que entre nosotros no haya perversos de ninguna clase.

EL CUÑADO DE LOS APESTADOS

Nos llegó la orden de organizar un acto solemne en memoria de Juliusz Słowacki, nuestro gran poeta nacional. Tenía que haber un discurso y luego una actuación artística.

Lo del discurso era pan comido: se podía echar mano de una chuleta. Pero, en la parte artística, había que recitar de memoria el largo poema titulado «El padre de los apestados», que describe a una familia completamente diezmada por la peste negra.

Dio la casualidad de que nuestro cajero estaba en la treña, por lo que el director presentó una instancia a las autoridades penitenciarias, solicitando que le fuera concedido un permiso, a condición de que se aprendiese de memoria el poema y lo declamase en la ceremonia. Las autoridades penitenciarias accedieron a la petición, pero el cajero se negó.

Ante tamaño apuro, tomamos la decisión de resumir el contenido del poema con nuestras propias palabras.

El contable tenía sus dudas:

—Las instrucciones lo dicen muy claro: tiene que ser de memoria y no con palabras propias. Podemos meternos en un buen lío con las autoridades.

—¿Y si encontráramos a algún pariente de los apestados? A un pariente no se le niega el derecho de recordar a los suyos y contar cómo ocurrió todo, ni que sea con sus propias palabras. Y, además, a un pariente no se le caería el pelo.

—Pero el poema no deja lugar a dudas de que todos los miembros de la familia fallecieron. La madre, los hijos, las hijas, el abuelo..., ¡todos!—No había manera de convenir al contable.

—¿Y un cuñado? Juliusz Słowacki no menciona a los cuñados. Pudo haber quedado con vida algún cuñado.

—Pero, aun suponiendo que así fuese, ¿cómo lo vamos a encontrar?

—Puede ser un cuñado en una situación irregular que no figure en los documentos. Quién sabe si no es alguno de nosotros...

Nos miramos y nos sentimos incómodos. El jefe de personal acudió en nuestro auxilio.

—Es del todo imposible que sea uno de nosotros—replicó en un tono categórico—. El ordenanza va a ser nuestro hombre.

El ordenanza exigió que le compráramos un terno negro y le abriéramos una cuenta en la taberna.

—Voy a estar de luto y, en estos momentos de dolor, es de rigor brindar por los muertos.

Llegó el día del acto. El director leyó el discurso que llevaba escrito en la chuleta y, en la parte artística, el ordenanza salió a la tribuna vestido de riguroso luto. Dio un traspie. En la sala se hizo el silencio.

El ordenanza miró al público con los ojos enrojecidos a causa del dolor y cuando estaba a punto de decir algo se le hizo un nudo en la garganta: rompió a llorar y abandonó el estrado.

Nos marchamos en silencio, cada uno por su lado. Convenía respetar los sentimientos de alguien que había perdido a toda su familia.

AL MEDIODÍA

Estaba sentado en la cocina jugando al millonario conmigo mismo cuando se presentó mi vecino y me soltó:

—Ven, date prisa, a las doce habrá un suicidio en la Plaza Mayor.

La verdad es que no tenía muchas ganas de dejar el juego porque iba ganando, pero pensé: si no voy, luego me arrepentiré.

Me puse el verdugo con pompón—el verdugo es una gorra de lana—porque soplaban el viento y salimos a la calle.

En la Plaza Mayor, ya se había congregado una multitud. El que iba a suicidarse era un vecino del pueblo. Servicio militar cumplido, rostro ovalado... Acababa de leer *La cabaña del tío Tom* sobre la opresión de los negros y se lo había tomado tan a pecho que había perdido la alegría de vivir. Había ido directamente a la Plaza Mayor, a la casa de pisos más alta del pueblo, que era propiedad del boticario. El edificio ya tenía varias plantas de por sí, pero se le había añadido una buhardilla por imposición del Comisariado Estatal para la Gestión de la Vivienda. En la buhardilla, había un balcón.

Cuando llegamos, el chico aún no se había tirado. Estaba en el balcón esperando al alcalde. El alcalde había ido con el geodesta a la mina de hulla que se acababa de inaugurar en la comarca y todavía no había regresado.

—Saltará con las zapatillas deportivas puestas—observó el instructor del Círculo de Deportes—. Las zapatillas permiten tomar impulso.

—Pero está de cara al viento—intervino el tendero—. Esta mañana he intentado escupirle a un cliente y el salivazo se me ha desviado. Hace mucho aire.

Como la muchedumbre iba en aumento y había también personas mayores, el boticario sacó sillas a la plaza y cobró cincuenta groszy por asiento.

Finalmente, comparecieron el alcalde y el geodesta, y el finado en ciernes pudo empezar su actuación. Tomó impulso y saltó. Pero resbaló sobre algo y perdió el equilibrio.

Resultó que la mujer del boticario guardaba el pudin en el balcón.

—¡Quítese las zapatillas!—gritó el contable—. ¡Con las suelas de goma no podrá!

—Ir descalzo es antihigiénico—se opuso el director del ambulatorio—. ¡Cuántas veces os lo tengo que repetir, palurdos!

—Los pies se pueden pasteurizar—metió baza el hijo del primer secretario—. Lo he leído en el suplemento para jóvenes de *Ciencia y Saber*.

—¿Se puede saber a quién llamas «palurdo»?—El contable se picó—. ¡Mira que tú!

—¡Ha saltado, ha saltado!—se oyó gritar a la muchedumbre.

Efectivamente, el finado en ciernes se precipitó al vacío y fue a caer justo sobre el felpudo que estaba ante la puerta de la casa. Sin embargo, fuera porque los pisos del edificio eran de una altura provinciana, fuera por la chapucería generalizada que impera en nuestra sociedad, al tipo no le pasó nada. Se levantó enseguida, se sacudió los pantalones y volvió a subir corriendo.

—¡Por lo menos podría restregarse los zapatos!—chilló la mujer del boticario—. ¡Acabo de fregar la escalera!

El suicida volvió a aparecer en el balcón.

—¡Salte con un ángulo de cuarenta y cinco grados!—gritó el geodesta—. ¡Trace una parábola!

—Qué parábola ni qué niño muerto—objetó el barbero—; lo que realmente importa es tomar carrerilla. Recuerdo que en la mili saltábamos sobre un bombo.

El finado debió de oírle, porque reculó a través de la puerta del balcón y se subió a la cama de la mujer del boticario para tomar impulso.

—¡Jesús! ¡No se ha quitado los zapatos!—exclamó la mujer del boticario.

Saltó, pero otra vez sin consecuencias.

—¡Ya decía yo que había que adoquinar la Plaza Mayor!—exclamó el alcalde dirigiéndose a la concurrencia—, pero os costaba soltar cuatro chavos. Pues aquí tenéis el resultado.

—En el Círculo hay un busto—recordó el instructor de Educación Ideológica—. Debe de pesar unos diez kilos. Si se lo atamos a los pantalones, la fuerza de la caída aumentará.

El finado en ciernes saltó y volvió a saltar una y otra vez, hasta que acabó acalorado de tanto subir la escalera. Finalmente, tras el enésimo salto, desapareció en el zaguán, pero tardaba en reaparecer en el balcón.

—A ver si le ha ocurrido algo—se preocupó el barbero—. Voy a echar un vistazo.

Entró en el edificio y salió al cabo de unos instantes.

—Está sentado en la escalera, llorando—anunció.

Nos fuimos a casa.

¡No hay nada como la capital! Allí hay rascacielos, torres, el Palacio de Cultura y toda la pesca...

AHORRO

El director nos recomendó ahorrar y, para predicar con el ejemplo, hizo retirar una de las dos sillas de su despacho.

—Qué le vamos a hacer—dijo—. Tendré que apretarme en la otra silla con la compañera secretaria. Estaremos apretados, pero así el mueble no se gastará. Hoy en día, la madera está muy cara. ¿Y qué se os ocurre a vosotros para hacer economías?

Debatimos largo y tendido... No se nos ocurría nada. Todo el mundo quería sobrevivir.

Finalmente, sopesamos el tema del recadero. Podíamos despedir al que teníamos y contratar en su lugar a un minusválido sin pierna. Para la empresa, significaría un ahorro del cincuenta por ciento sólo en piernas.

Por desgracia, en toda la ciudad no había nadie así. Había gente sin dientes o sin apéndice, pero ni rastro de un cojo. Nuestra comunidad es bípeda, e incluso hay quien camina a cuatro patas. Se cuente como se cuente, el número de piernas siempre es par.

Preguntamos en el hospital, pero a pesar del incremento del número de vehículos por habitante, no tenían prevista ninguna amputación.

Pusimos un anuncio en el periódico de la provincia:

SE BUSCA RECADERO. CONTRATO INMEDIATO. SE REQUIERE UNA SOLA PIERNA Y DOMINIO ORAL DEL POLACO.

Se presentó un forastero. Tenía una sola pierna, pero era mudo.

Ni cortos ni perezosos, pusimos un anuncio en un periódico de alcance nacional. Se presentaron dos candidatos, ambos con una sola pierna. Elegimos al que la tenía más corta. Puestos a hacer ahorros...

Ahora se pasa las horas en la conserjería tomando té. Y, si hay que hacer algún recado en la ciudad, salimos nosotros y nos apañamos. ¿Acaso hay otra solución? ¡No vamos a abusar de un minusválido!

Además, siempre podemos tomar una caña por el camino.

© Acantilado